

## CAPITULO XXIX.

## SITUACION POLITICA.

Antes de seguir adelante, y para que el lector pueda comprender los importantes acontecimientos públicos que siguieron despues, hay que dar una ojeada aunque sea, sobre la situacion política de aquella época, que fué notable desde su orijen hasta su conclusion. Las bases sobre que estaba descansando aquel gobierno, eran las que le daban su mas gráfica significacion. ¿Cuáles bases eran éstas? El golpe de Estado que dió D. Benito Juarez en el Paso del Norte prorogándose la presidencia con el solo beneplácito de algunos generales, luego la convocatoria que venia atacando de frente los mandatos constitucionales y los vicios de la eleccion, conforme á la cual, se dieron á los Estados caciques, en lugar de gobernadores. Todos estos fueron hechos claros, tangibles, que presenciaron cuantos se llamaban habitantes de esta República, hechos que tiene que recojer la historia cuando haya quien se dedique á escribirla con imparcialidad.

El autor de estas memorias, solo puede dar una ojeada rápida sobre un periodo de tiempo dado sin abrazar todos los detalles, tanto porque no es esa la índole de este escrito, como por que en los asuntos de alguna responsabilidad solo quiere referirse á aquellos en que fué testigo presencial.

Por lo mismo le basta con declarar, ajustándose á las opiniones derramadas entonces en la prensa, en la tribuna, y en las calles y plazas públicas, que 1869 fué el año terrible de la República Mexicana bajo el gobierno del demócrata C. Benito Juarez, ayudado del C. Lic. D. Sebastian Lerdo de Tejada y de algunos otros consejeros de distintas nacionalidades.

Los abusos, las arbitrariedades, y se puede decir hasta los crímenes que se cometieron en la parte administrativa, están bien puntualizados por la prensa de aquella época que tuvo una libertad relativa. Es verdad que eran pocas las publicaciones que lograban escapar á la seduccion metálica de los agentes del gobierno, y que solo el fuero constitucional de algunos periodistas era el que los ponía á salvo de los atentados, pero esos pocos periódicos que pudieron decir la verdad, contienen exactamente referida la vergonzosa historia patria de aquellos tiempos.

Difícil es, en circunstancias como aquellas descubrir la verdad entre tantas contradicciones, sino es que se tenga esta clave: el poder habia puesto á sueldo á varios escritores mexicanos para que le prodigasen alabanzas en diarios que aquel tambien costeaba, y á la hora que faltaban mexicanos que vendieran así su

conciencia, se alquilaban plumas extranjeras de aventureros famélicos, que sin tener afecciones por nadie, ganaban la vida firmando todos los días una buena tirada de lisonjas. Recuerdo que entonces abundaban mucho esos tipos que de cuando en cuando han venido á prostituir la dignidad de la prensa mexicana.

Enfrente de estos estaban los escritores de la oposicion apasionada y sistemática, que lo exageraban todo dándole tamaños colosales: estos acusaban á los miembros del poder no solo de arbitrarios, de déspotas y de conculcadores de la ley, sino que les llamaban ladrones, significándoles que habian mandado depositar grandes sumas en algunos Bancos extranjeros.

Para buscar la verdad en el fondo de ese debate, se necesita descontar los cargos exagerados lo mismo que las alabanzas desmedidas y fundar en los hechos el mas justificado raciocinio.

Las acusaciones no iban encaminadas todas al Presidente sino á los Ministros, á quienes culpaban de que se siguiera aquella torcida política. Lo que era al primero se le hacian insinuaciones hasta por sus propios enemigos ofreciéndole amainar en caso de que reformara el gabinete, ó diera otro giro á la política que estaba proyocando con sus violencias una general conflagracion. El Sr. Juarez, á quien adornaba como uno de sus principales atributos morales la tenacidad, permaneció insensible tanto á los ruegos como á las amenazas. Precisamente la oposicion que se hacia á sus consejeros fué lo que le estimuló con mas fuerza á sostenerlos á su lado. Tal era el temple de su carácter, y

en ese camino, adoptado ya con resolucion, hubiera visto sin inmutarse á la misma muerte.

Los miembros del gobierno, como sucede muchas veces, estaban á su vez rodeados de un círculo de favorecidos, para los cuales aquellos estaban siempre prontos á otorgar mercedes, siendo los únicos que se abrian camino y se hacian escuchar, sabiendo aprovecharse de aquella influencia para hacer fortuna. Personas hubo que sin poseer antes, como vulgarmente se dice una segunda camisa, llegaron á poder disponer de millones en unos cuantos meses.

La mina que pusieron en explotacion se llamaba así: *Alcances de gefes y oficiales en la guerra extranjera*. Como por varias disposiciones se dió derecho á estos para que se les liquidara los sueldos vencidos en aquella época, en que no siempre hubo dinero, con esperanza de recibir un auxilio portuno venian muchos desgraciados de luengas tierras y tropezaban desde luego con los mil inconvenientes que presenta el Palacio Nacional. Les costaba trabajo acercarse al Ministro de la Guerra y les costaba mas trabajo todavía poder atrapar á D. Matias Romero secretario de hacienda, el cual se les escurria de entre las manos como una anguila, aprovechando para escaparse las escaleras secretas de su departamento. Entonces aquellos gefes y oficiales que habian sido dados de baja al concluir sus servicios prestados en el momento en que la patria los necesitaba, cansados de hacer diligencias y de dar pasos inútiles, agotados los recursos que habian traído solo para sus gastos mas indispen-

sables, temiendo verse precisados á recurrir á la caridad pública, acababan por vender sus liquidaciones hasta en un cinco por ciento de pago, dejando que ganaran un noventa y cinco las gentes favorecidas por el gobierno que hacian esos negocios.

Podria citar algunas operaciones de esas que presencié llevadas á cabo por amigos míos gefes del Ejército de Occidente.

De este modo la hacienda pública estaba siempre en bancarota, sin poder dar lleno á los pagos corrientes y mas apremiantes del presupuesto por tener que dar el primer lugar á las exigencias nunca satisfechas de los amigos.

Como en aquel tiempo habia aun algun espíritu democrático en las masas, que solian entrar al combate en las luchas electorales con toda la fé de un pueblo libre, las Aduanas marítimas y lo mismo las demas oficinas de hacienda en la República estaban servidas por empleados que fueran muy adictos aunque carecieran de honradez, con el fin de tener esos centinelas avanzados que vigilaran las elecciones y que en caso necesario aprontaran recursos para ganarlas. Entonces fué cuando empezó á penetrar la corrupcion en los colegios electorales, convirtiéndose las urnas del pueblo en depósitos de inmundicias.

Aunque fuera público y notorio que el delito de peculado estuviera en auge, los hombres del poder se hacian disimulados, porque mas les convenia que hubiera instrumentos ciegos que personas celosas de su reputacion que manejaran los fondos con honradez

ó que se interesaran de modo alguno en el arreglo de la hacienda pública. Como en esa administracion casi todos tenian que taparse unos á otros sus picardias, no solo se miraban entre si con la mayor tolerancia, sino que cuando algun crimen llegaba á conocerse, todos concurrían con asiduidad á salvar al delincuente.

Uno de los hombres mas honrados era sin disputa el Ministro de Hacienda D. Matias Romero, y entonces fué cuando la maledicencia llegó á echarle en cara que hubiera adquirido una manzana de casas por sueldos vencidos y la construccion en la calle de la Independencia del edificio que llamaban los periódicos su *Palacio Pompeyano*.

En el Departamento de gobernacion las cosas no andaban mejor arregladas: á los Estados de la confederacion mexicana se les hizo perder del todo su independencia llegando á establecerse el centralismo mas neto aunque torpemente disimulado. Los gobernadores designados en un principio y sostenidos despues á todo trance por el gobierno general, siempre que estuvieran en la misma agrupacion política y sin desviarse ni una línea de las reglas de lealtad impuestas, establecieron con este una alianza ofensiva y defensiva, quedando tácitamente obligados unos y otros no solo á disimular las faltas sino á cerrar los ojos ante las mayores iniquidades.

Todas las veces en que se anunciaba una eleccion popular, se espedian circulares por el ministro en que se garantizaba formalmente la libertad del voto público; pero al llegar el momento solemne, la intriga ó

la violencia eran las que venian á resolver aquel problema que en otros países es el mas trascendental. De esta manera el pueblo comenzó á sentirse oprimido y á comprender que no habia establecidos mas que nombres en la democracia mexicana: comenzando por el Distrito Federal en donde era gobernador un hombre déspota, y siguiendo hasta los últimos rincones de la República, todo estaba regido tiránicamente, echándose ya de menos algunas complacencias que habia solido tener el Imperio de Maximiliano.

El Departamento de Justicia no estaba mas adelantado. Los tribunales todos estaban cubiertos con las gentes del gobierno acostumbradas á no tener voluntad propia sino á la mas ciega obediencia. Aun la Suprema Corte de Justicia, que es el poder que establece el equilibrio en los gobiernos republicanos, estaba por aquel influenciada, á lo menos en su mayoría. De esto se siguió que aunque ya se encontraba vigente una ley sobre amparo muy imperfecta, quedaban sin embargo algunas esperanzas de poner á cubierto las garantías individuales, llegando á ser una ilusión que vino á desvanecerse entre las madejas de aquellos intereses de banderia tan bien relacionados. Muy raras veces, pero muy raras, llegó á verse un acto marcado de independencia en las gentes que formaban el poder judicial y mas raro fué que el Ministro del ramo inspeccionara la clase de justicia que se administraba en los negocios comunes.

El Ministro de Fomento permanecía inerte ante las mejoras materiales y en las pocas veces que hizo

algo por los adelantamientos del país fué para sacrificar al erario. Entonces comenzaron á otorgarse toda clase de beneficios á una compañía inglesa, cuyos beneficios se pagaban en buen dinero á los patronos de alta esfera que le agenciaban concesiones tras concesiones, todas muy ventajosas.

Las líneas telegráficas y composturas de caminos carreteros eran confiadas á los amigos dándoles á ganar con las contratas un ciento por ciento. Las manos del gobierno siempre estaban abiertas para prodigar mercedes que nada le costaban, pues las arcas de la Nación daban para todo, menos para levantar el crédito público que andaba por los suelos, puesto que no se pagaba ni á los acreedores de mas privilegio.

De donde se desprendian sin embargo mas iniquidades era del Departamento de la Guerra, en donde estaba el foco de las ganancias ilícitas y de los grandes despilfarros. El Ejército debía componerse de 20,000 hombres, y aunque nunca pasara de 15,000, se pagaba un presupuesto de 30,000 con los aumentos imaginarios. El Ejército vino á ser un filon de oro inagotable.

Cada Division compuesta de tres ó cuatro mil hombres recibia haberes por el doble y consumia gruesas sumas en gastos extraordinarios. Esa vorágine llamada *gastos extraordinarios* era un abismo sin fondo en donde desaparecian cinco millones anualmente. Y como la República no llegó á estar en plena paz durante el gobierno de Juarez, los motines mas insignificantes servian de pretexto para apropiarse entre unos pocos

las rentas de la Nación, diciéndose que se habían consumido en los gastos extraordinarios de la guerra: cuantiosas riquezas pasaron de las Gefaturas de Hacienda á los bolsillos particulares de los firmes amigos y sostenedores del gobierno.

Eso sin embargo no era lo que mas sublevaba la indignacion pública, sino los medios sangrientos que se adoptaban para sofocar las revoluciones.

El general Negrete se pronunció en Puebla y todos los prisioneros que se le hicieron en la derrota que sufrió, fueron sacrificados en Atexcatl, inmolándose en esa vez mas de 200 víctimas.

En Tamaulipas las sementeras fueron destruidas por orden del gobierno y las ramas de los árboles estaban por todas partes llenas de cadáveres. Los hombres eran colgados allí por centenares sin mas delito que ser tamaulipecos.

En Yucatan seis comerciantes pacíficos fueron pasados por las armas en castigo de no ser afectos al gobierno.

En la capital fueron fusilados el sargento Ibar y otros infelices soldados por sospechas de conspiracion. Eran infructuosos los pasos que se daban entonces para salvar á un acusado pues para nadie habia misericordia. Las sentencias de muerte fueron firmadas á veces por Juarez y sus Ministros en medio de los banquetes. A algunos se fusilaron contra el mismo amparo pronunciado por la Corte de Justicia.

Todos estos horrores hicieron insufrible y odioso ese gobierno. El pais en general estaba indignado: se

sentia en todas partes gran malestar y el deseo de presenciar un sacudimiento. La revolucion estaba en todos los corazones, la teniamos en el mismo aire que respirábamos. Se puede decir que solamente faltaba la mano del primer atrevido que encendiera la chispa para producir el incendio.

Yo quise ser ese atrevido y en los capítulos siguientes va á saber el lector lo que sucedió.

### XXX CAPITULO

LA REVOLUCION

La revolución se había declarado en todas partes, y el gobierno se encontraba en una situación crítica. El ejército se había dividido, y el pueblo se había levantado en armas. El gobierno se encontraba en una situación crítica, y se necesitaba una medida drástica para salvarlo.

El gobierno se encontraba en una situación crítica, y se necesitaba una medida drástica para salvarlo. El ejército se había dividido, y el pueblo se había levantado en armas.

El gobierno se encontraba en una situación crítica, y se necesitaba una medida drástica para salvarlo. El ejército se había dividido, y el pueblo se había levantado en armas.

El gobierno se encontraba en una situación crítica, y se necesitaba una medida drástica para salvarlo. El ejército se había dividido, y el pueblo se había levantado en armas.